

celo, lograrás tus designios. Morirás con la gloria de mártir y con el dolor de no serlo. Dios va á detener tus pasos por medio de una prolija enfermedad, porque es Italia y Francia el teatro que os destina, para que seais sacrificado en las aras de la caridad. Aquí debeis derramar á manera de río caudaloso las gracias de nuestros sacramentos, y llenar á la capital del reino cristiano de verdaderos israelitas. En estas regiones os debeis presentar con la libertad de los Bautistas á reprender los desórdenes de los grandes, y á conducir, segun la perfeccion del Evangelio, á estas almas fieras engreídas solamente en las ideas de su grandeza, de su ambicion y de su envidia. Aquí debeis reformar estas almas relajadas, tan poco pacientes de correccion, y que colocan el honor en la venganza, su política en la simulacion, su cultura en la inmodestia, su placer en la desevoltura, pretendiendo se tenga respeto á sus pasiones, ó que se canonicen sus vicios.

Para comprender bien la abundante materia, que el tiempo mismo ofrecia á su celo, arrojad por un momento la vista sobre esta época funesta, en que vió la iglesia salir de su seno e: tos venenosos áspides que la devoraban, estos espíritus artificiosos, que sabian con destreza mezclar el buen trigo y la cizaña: espíritus de presuncion, de error y de tinieblas: hablo de los Albigenses, de los Sacramentarios, de los Federicos; de los cuales unos atraían con engaños á los verdaderos hijos de Israel al campo de los Moabitas; otros con las armas en las manos robaban la herencia de Jesucristo, profanando sus templos y ultrajando sus mas augustos sacramentos. Aun los católicos mismos, no ménos que en nuestros dias, afeaban la iglesia con sus impurezas, la desacreditaban con escándalos, la afligian con disoluciones, con lujo, con vanidades. Para reparar tantos daños suscita Dios al grande Anónimo, este nuevo Elías de los últimos siglos, que supo castigar á los falsos profetas, y contener el orgullo de los reyes impíos: este nuevo Gedeon, libertador del pueblo de Dios, que supo elevarle altares sobre las ruinas de Baal; este nuevo Daniel, á quien tuvieron respeto los mas voraces elementos, las bestias mas indóciles, y las ponzoñas mas activas; este nuevo Esdras en fin, que enriqueció el templo del Señor, contribuyendo con ardiente celo á que la santidad correspondiese á su magnificencia exterior. Á presencia de Antonio todo parece mudar de semblante en Europa. El hereje

es confundido, la belleza del santuario se renueva, la fe sale brillante de entre las nubes y la oscuridad; por todas partes se admira una rara emulacion de penitencia, y la religion triunfa gloriosamente á esfuerzos de su celo. La impureza, la violencia, la irreligion, la usura, la mala fe, los juramentos, las blasfemias, todo termina con la instruccion de las verdades eternas. Reinos de España, Francia, Italia, isla de Sicilia, ciudades de Roma, de Milan, de Rimini, de Bolonia, de Padua, de Florencia y de Venecia, dadme aquí testimonio de cuánto ejercitasteis el celo de este nuevo apóstol, cuánta materia proveisteis á sus gloriosos triunfos, y cuánto á la elocuencia de los sagrados oradores.

¿Mas cómo podré yo limitar á un discurso los esfuerzos de su ardiente celo? ¿Qué solicitud igual á la de un hombre que pasaba el día trabajando, y la noche sin reposo? Aquí predica al pueblo, allí catequiza á los rudos; aquí disputa con los herejes, allí dirige á los perfectos; aquí socorre á los pobres, allí alivia á los enfermos. ¿Qué fatigas no sufrió en la mayor parte de Europa? ¿Cuántas veces no se vió expuesto al naufragio antes de arribar á Sicilia? ¿Cuántas no toleró el peso del día y del calor en arenas y desiertos no ménos ardientes que los de Libia? ¿Con qué constancia de ánimo no se expone Antonio á las persecuciones? Peligros en las ciudades, peligros en los caminos, peligros en los rios y mares, peligros de ladrones, peligros entre falsos hermanos; todo amenaza de muerte una vida tan preciosa. Mas su pecho apostólico desprecia todos estos peligros, no ya con ojos estóicos, sino con el fin de ganar almas para el cielo. Ni el hambre, ni la sed, ni la violencia, ni las aguas de la ingratitud pudieron apagar jamas, ni aun disminuir su ardiente celo y caridad. Hecho todo para todos, como otro Paulo, nada desea con mas ansia que ser anatematizado por Cristo y por la salud de sus hermanos. Dígalo la firmeza y celo apostólico con que rompiendo por medio del ejército fué á presentarse á Excelino romano, general de Federico II, acérrimo perseguidor de la iglesia, y hombre igualmente sin religion, que inhumano. ¿Qué seria ver á este celoso Elías á presencia de aquel otro Acab, y á este nuevo Leon á vista de aquel otro Gensérico!

Son dignas de vuestra atencion, señores, las severas palabras con que le reprende. «¿Eres tú, Excelino, le dice, aquel ro-

« mano que tiene llena de tragedias su patria y de escándalos
 « el mundo? ¿Eres tú aquella venenosa vívora, que con in-
 « grata crueldad rompes las entrañas de la iglesia, esta piadosa
 « madre que te dió el ser? ¿Cuándo te hartarás de profanar
 « altares, de abrasar iglesias, de desflorar vírgenes, de deshon-
 « rar matronas, de matar inocentes? ¿Cuándo, sangriento lobo,
 « se apagará la sed que tienes de sangre humana? ¿Hasta
 « cuándo abusarás de la paciencia de Dios, que tiene en su
 « mano represadas las iras que merece tu fiereza? ¿Cómo no
 « temes, bárbaro, la eternidad de tormentos que tiene bien me-
 « recidos tu crueldad y tu soberbia? Mira que te aviso de parte
 « de Dios omnipotente, que si no pones freno á tus tiranías,
 « ellas te han de precipitar al abismo, y has de acabar tu mala
 « vida con ruidos escarmiento. » Al oír estas palabras Exce-
 « lino, sin embargo de su altivez y de su orgullo, tiembla y se
 « estremece cual otro Félix á presencia de Paulo.

Nada digo del celo y la firmeza con que hizo frente al mis-
 mo general de la orden fray Elías, reprendiéndole delante del
 sumo pontífice por su inobservancia de la regla. Mas á pesar de
 esta fortaleza, fué siempre incomparable la dulzura que usó
 con los pecadores. Jamas se vió hombre mas paciente en espe-
 rar su mutacion, ni mas diestro en manejar las disposiciones
 de su conversion. El odio que concebía contra el pecado no se
 extendía á los pecadores. Aborrecía el vicio, no las personas;
 y verdadero imitador de su maestro Jesucristo, se conducía
 con dulzura y fortaleza en la conversion de las almas, y en lu-
 gar de sacrificar los pecadores á un ardor indiscreto, se sacrifi-
 caba á sí mismo por ellos, mortificando en su inocente cuerpo
 los pecados de sus penitentes. Admirable estratagemas de su
 celo, caridad officiosa y ardiente, que confundirá para siempre
 á los herejes, que á manera de cuervos impuros solo han salido
 del arca de la iglesia á devorar los cuerpos de nuestros
 mayores, y que en lugar de derramar su sangre por el prójimo,
 han querido grabar las novedades del error con la de nuestros
 padres.

Juntad, señores, os ruego, todos estos rasgos en vuestra ima-
 ginacion, y juzgad si son capaces de justificar por sí mismos la
 la sublime sabiduría de Antonio, y su rara santidad; sus pro-
 fundos conocimientos en las ciencias y sus virtudes heroicas;
 sus trabajos apostólicos por la iglesia en la conversion de las

almas, y su incomparable celo por la honra y gloria de Dios;
 los gloriosos triunfos que su sabiduría consiguió de los herejes,
 y el generoso celo con que expuso su vida por sus hermanos;
 las luces que comunicó á la mayor parte de Europa, y la mul-
 titud de almas aplicadas ántes por trofeo al carro del demonio,
 que su celo conquistó para el cielo. Celo fuerte, celo compa-
 sivo, celo prudente y arreglado, que hará siempre honor á
 nuestra religion. Igual desearía yo fuese el de todos mis oyen-
 tes, para no llorar el vicio extendido á manera de torrente so-
 bre todos los estados por falta de luz y de celo cristiano.

Sí, señores, falta de celo juzgo que el crimen aparezca con
 audacia, que reine la licencia, que domine la desenvoltura,
 que tengan fuerza de ley mil abusos detestables, que las máxi-
 mas del mundo réprobo se hallen tan acreditadas, que la liber-
 tad en materia de costumbres carezca en el día de límites, que
 marchen los pecadores levantada la cabeza, que sean oprimidos
 los justos, y reducidos á gemir en secreto los desórdenes del
 siglo. ¿Dónde están, os ruego, los que hacen frente á los vicios,
 al lujo, á la vanidad, al desenfreno miserable del otro sexo?
 ¿Dónde entre vosotros los que comunican á estos infelices la
 luz del desengaño, los que se arman de un justo celo viendo á
 Dios ultrajado, quebrantados sus preceptos, su ley santa vio-
 lada, sus enemigos victoriosos, y una multitud de almas des-
 graciadas víctimas preparadas á la ira de Dios? Y si no decid-
 me: ¿dónde están los Noés, los Moisés, los Samueles, los Fi-
 nées, os pregunto con san Cipriano? Ah! que la iniquidad
 abunda desde que se resfrió la caridad.

Mas qué digo? Aún se ignoraban tus privilegios y tus fueros,
 siglo ilustrado de la marcialidad; ó por mejor decir, aún no se
 conocía vuestro desenfreno, hombres carnales; vuestra livian-
 dad, mujeres inmodestas. Vosotros habeis ya desaparecido, si-
 glos religiosos, donde el celo de la gloria de Dios era la grande
 ocupacion de los fieles y el móvil de sus obras. En medio del
 diluvio de vicios que inunda casi toda la tierra, apénas se halla
 un Noé que se dedique á proveer asilo; en medio de tantos
 hombres temerarios, que osan blasfemar de Dios con audacia,
 apénas se halla un Moises que castigue á estos sacrílegos; en
 medio de tantos inobedientes que violan la ley santa por gusto
 y por costumbre, apénas se halla un padre como Job, que por
 ellos ofrezca sacrificios. En fin, por mas que la sensualidad, es-

te vicio abominable, que deberia ser desconocido en el cristianismo, domine hoy la juventud, la vejez, los grandes y los pequeños; por mas que tenga est ablecidas academias y maestros que enseñen por principios el arte de hacerse agradables por medio de canciones meretricias, de danzas y movimientos indecentes y opuestos á la moral de Jesucristo, con todo hay raro Finées, que concibiendo horror de estos apóstoles de la desenvoltura y detestable liviandad, proscriba, destruya, queme sus engañosos artificios.

Omnipotente y sempiterno Dios, renovad en nuestros dias el ministerio de Antonio: suscitad un sacerdote fiel, sabio, celoso, prudente, caritativo, que trabaje con solicitud por la extension de nuestra religion y pureza de vuestro culto. Conozcan todos por tu amor que sois el Dios que hace estremecerse los desiertos, y que solo hay salud en vos, que sois la vida y la resurreccion.

Y vos, santo mio, desde el solio de grandeza á que os elevó el buen empleo de vuestros talentos y vuestro ardiente celo por la causa de Dios, no os desdeñeis arrojar una mirada favorable sobre vuestros devotos; alcanzadnos una gracia victoriosa que disipe las nubes de nuestro entendimiento y sujete la rebeldía de nuestro corazon, para que todos conozcamos y amemos á Jesucristo sacrificado y sacramentado por nuestro amor, cuyo augusto nombre sea ensalzado y alabado desde el oriente al occidente, desde el aquilon al mediodía, por todas las generaciones y todos los siglos. Amen.

SERMON

DE SANTA APOLONIA VIRGEN Y MÁRTIR.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

NOS ENSEÑA Á APARTARNOS DEL CAMINO DE LA PERDICION,
Y NOS SEÑALA EL QUE NOS CONDUCE Á LA VIDA ETERNA.

*Me expectaverunt peccatores ut perderent me : testimonia
tua intellexi.*

Me buscaron los pecadores para perderme, y yo entendí los testimonios de tu ley.

Salmo 118. v. 95.

Católicos :

Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva á la perdicion. Así lo dice el oráculo sagrado, así lo vemos y palpamos, así lo publican las gentes todas, y esta es la verdad. Porque ¿no es cierto que el mundo está lleno de falsas ideas que nos preocupan, de falsas brillanteces que nos engañan, de aprensiones falsas que nos alucinan, de falsos principios que nos deslumbran, de falsas máximas que nos pervierten y de perniciosas costumbres que nos trastornan y conducen por un camino opuesto al de la salvacion? Falsos bienes, falsos honores, falsos deleites, falsos gustos, falsa libertad, falza paz, y felicidad quimérica... ¿Notais otra cosa en la sociedad de los pecadores, en las gentes del mundo y en toda esa multitud de necios que ofreciendo incienso á las pasiones, despreciando la ley santa, condenando todo lo que asusta á los sentidos, cautivando al Evangelio y haciendo triunfar al lujo, al deleite, á la ambicion y al orgullo, parecen destinados á demostrar que todo es en la tierra vanidad de vanidades y afliccion de espíritu, como lo dice